

()
DE LA SUMA IMPORTANCIA
 que nos vá en corresponder à la
 Divina Vocacion.

Viernes IV. de Quaresma, año de 1691.

Si scires donum Dei, & quis est, qui dicit tibi, da mihi bibere, tu forsitan petisses ab eo, & dedisset tibi aquam vivam. Joan. cap. 4.

Serían como las doce: Asi nos entra el Evangelista dando priesa à la narracion. Serían como las doce, encogidas las sombras, dilatadas las luces, eficaces los rayos, latiendo los ardores; y à su temor recogidos los pajaros, echados à las sombras los brutos, en calma de luz todo el ayre, quando en mas activa fogosidad del bochorno; à la hora en fin, en que solo el Sol reyna, campeaban tan hermoso como ardiente, acezando en su fogosa carrera por lo mas alto del Cielo. Dixe mal, que no es ese Sol de el que yo hablo. En lo mas abatido de un pozo, sentado à su brocal el Sol Divino, era el que, retirando sombras, era el que, esparciendo luces, formando el medio dia para un alma, hacia hora, no ya del reposo fuyo, sino del ageno descanso. Esas eran las fatigas de Jesus nuestra Vida, esa su sed, esas sus ansias, sentado à estas horas al pozo de Sichar. Quando he aqui, que de la Ciudad cercana de Sichén se viene acercando una pobre moza de cantaro; que quando este no lo dixera, decianoslo ya fu defahogo, publicabalo su despejo, y confirmabalo su desgarró. Enroscada al un hombre la foga, arbolado en el otro el cantaro, llega, y sin mas reparo, viendo que estaba allí sentado un hombre, puesto sobre el brocal su cantaro, empieza à ir desembolviendo la foga. Buen anuncio desde luego, que quien ha vivido de enredos, empiece ya à desembolver lazos. Muger, vuelve el Señor, con qué apacible descuido! mas con qué amoroso cuidado! Muger, no me darás un poco de agua? Ella entonces, confirmando por la pronunciacion lo que ya havia conocido por el trage: ¿Pues, cómo tú (vuelve muy entonada, y zahareña) cómo tú, siendo Judío, me pides à mí de beber, que soy muger Samaritana? Há visto? De cuándo acá vosotros os dignais ni aun de hablar con los Samaritanos? Ya sé, que eres Judío: pues qué pensabas, que no te havia de conocer? Y cómo que no me conoces, que si supieras tú con quien estás hablando, quizá tú fueras la que me pidieras à mí, y yo sin tus esas excusas te daría al punto una agua viva. Hay tal! (dice ya ella sonriendose) pues está este pozo tan hondo, y tú no tienes con que sacarla, ¿qué agua me havias de dar? Qué agua puede ser esta? Picó ya en la muger la curiosidad, no sé si la codicia. Cuidado con el corcho, que por debaxo de el

agua anda ya el pez hácia el anzuelo. Por eso el Pescador Divino, despreciando sus dificultades, profigue en sus ofertas: Quien bebiere de esta agua, que yo digo, nunca volverá à tener sed. Debíose de quedar ella algun tanto pensativa, revolviendo entre sí sus dudas: ¿Cómo podrá ser esto? Agua, que de una vez quita la sed, qué agua podrá ser? Pero quién me mete à mí en ponerle dificultades? El mismo me la está ofreciendo. Pues en verdad que se la he de pedir. Señor (le dice ya) dame de esa agua para no tener ya mas sed; y con eso me escusarás de andar yendo, y viniendo aquí. Otras tienen su sed en ir, y venir. Prendió ya el pez, seguro está. Sí te daré (dice el Señor) pero anda primero, llama à tu marido, y veníos juntos los dos acá. ¿Qué marido he de llamar? que no lo tengo. Bien has dicho, porque aunque has tenido cinco hombres, ese que ahora tienes, no es marido tuyo. ¿Cómo es eso, Señor? En verdad que à lo que voy viendo, tú eres Profeta (dice, toda llena de turbacion.) Vió ajustada bien la cuenta: cinco antes, y uno ahora. Si ellos (repara un grande Ingenio) fueron los que la fueron dexando, fijos mugeres; si ella los fue remudando, fijos hombres. Pero de todo havia, que ni de unos, ni de otras hay que fiar. Ella corrida baraja la conversacion, muda la platica, metiendose en materias hondas de Religion, sobre el Templo que ellos tenían en Garizin, y el Templo que los Judios reverenciaban en Jerusalén. Mas como quien del fuego en las brasas, huyendo ella de Jesus, viene à dar en el Mesías. Bien sé (dice por ultimo) que de todas estas dudas en que andamos en materia de adoracion, nos ha de sacar de una vez aquel Mesías, que ha de venir. Aquí el Señor: Yo soy ese, muger: el que está hablando contigo es el Mesías. Quédate ella suspensa, y en esto los Discipulos que vienen de la Ciudad. Y ella, ni de cantaro se acuerda, ni de su foga, ni se despide, porque allí dexa su corazon, y se parte; porque si la mitad de su alma dexa con Jesus; la otra mitad corre fogosa à derramarla toda en afectos por la Ciudad. Llega, y por las calles: Venid (gritaba à grandes voces) venid, y vereis un hombre, que yo no sé qué me diga de él, y él de mí me lo ha dicho todo: yo pienso que es Christo. Sigue à sus voces la admiracion, y à la admiracion el concurso, y de tropél vienen corriendo al pozo, y à la mas clara fuente; y atraídos à la dulzura de sus palabras, reducen al Señor à sus casas, y en tres dias que allí se detuvo su Magestad, la Ciudad queda reformada, muchos convertidos, y la Samaritana Santa. ¡Oh, muger, millares de veces dichosa! Una sola bastó para dexar mejorada toda una Ciudad. ¿Qué tanto puede conseguir una muger sola, si se reforma? Buena materia es esta à la Doctrina, mas ya que estamos en visperas de una Mision, à asunto mas ponderosamente grave me arrebató el susto, y me lleva el deseo de vuestro remedio. ¡Oh, y quiera Dios que yo lo acierte! Y para eso invoquemos à aquella, que fue sellada fuente en la mas Inmaculada pureza, fue

fue tambien pozo de aguas vivas, para ser Madre de la gracia. AVE MARIA.

()

Si scires donum Dei, & quis est, qui dicit tibi, da mihi bibere::: Joan. ubi suprâ.

Dos pensamientos muy contrarios batallan en el estrecho campo de mi corazon, al atender el sucefo que tengo referido: dos conseqüencias muy opuestas se combaten en la corta capacidad de mi discurso, al considerar la conversion tan prodigiosa que he contado; y chocando entre sí estos pensamientos, como dos grandes peñas, me dexan tan palpitante el corazon à la congoxa, tan estremecida toda el alma al susto, tan vacilante el espíritu à la duda; que ni yo sé si fabré explicar lo mucho que concibo, ni sé si acertaré à ponderar lo que temo. Hagamos reflexion al sucefo de nuestro Evangelio. ¡Viene la Samaritana al pozo (qué agena de lo que allí se previene! qué quitada de lo que allí le sucede!) vé allí un hombre que ella no conoce. ¿Quántos havia visto en aquel lugar otras veces? Pídele aquel un poco de agua: qué cosa mas ordinaria? Trávese por aqui la conversacion, y à pocas razones lo que vemos es, que ella de una muger perdida, queda hecha una santa: ¿tan presto? En dos palabras, como dicen. ¿Tan facil? Tan facil como el agua: *& dedisset tibi aquam vivam.* ¿Qué tan presto pueda mejorarse del todo una alma, que estaba en el ultimo extremo de pérdida! Tan presto. ¿Qué, tan facil es salvarse una alma, que tan rematada estaba entre los mas apretados lazos del infierno? Tan facil es. ¡Oh, qué consuelo! qué aliento! qué dicha! Pues este es el uno de mis pensamientos, y esta es la una de mis conseqüencias. Pero aguardad ahora, y poned que aquella muger, como vemos que empezó desdeñosa, huviera profeguido esquivava, y que sin querer hablar con el Señor mas palabra, huviera sacado el agua del pozo, y à las promesas que le hacia de darle mejor agua, respondiendole por ultimo: No es hora esta de conversacion; que es medio dia; guarda esa tu agua para otra vez, que yo tengo que hacer en mi casa, y es ya tarde; y que con esto le huviera vuelto las espaldas. ¿Pudo ello suceder así? Ya se vé, que era cosa muy natural: pues poned que así huviera sucedido, qué huviera sido de esta muger? ¡Oh, Dios! oh, Dios! El Señor desde aquel pozo parece que profiguiera su camino, porque iba de viage de Judéa para Galiléa; ella desde allí se volvería à profeguir en sus culpas, pues sabemos que estaba enredada con un hombre, y no ofreciendosele probablemente otra ocasion tan oportuna, y acomodada como esta, para conocer su estado lastimoso, ella huviera persistido en sus escandalos, y estuviera ahora sin remedio condenada. ¡Oh, valgame Dios! ¿Por una ocasion que perdió? Sí, que en esa perdió todo el principio de su salud. ¿Por un lance que malogró, que parecia tan li-

gero? Sí, que en ese lo malogró todo. Aqui defalentado, temblando, y lleno de horror mi corazon, y mi espíritu, exclama atonito: ¿Qué en tan poco puede consistir el condenarse una alma para siempre! Qué de un punto, de un punto puede perder el no vér à Dios por una eternidad! No hay duda, no hay duda. Pues este es el contrario pensamiento, que me oprime; esta la opuesta conseqüencia, que me estremece: que si en un instante puedo salvarme, puedo condenarme en un punto: que de corresponder, ò no à la inspiracion, al llamamiento de Dios en tai ocasion, que yo no sé qual es, y solo Dios lo sabe, puede depender, ò mi salvacion eterna, ò mi eterna condenacion! Oh, Cathólicos! Y quién hay entre nosotros, que haga mucho caso de estos interiores movimientos, de estos ocultos impulsos, de estas secretas vocaciones, con que Dios al corazon nos llama, ò à dexar el vicio, ò à seguir la virtud, ò à hacer la obra buena, ò à emprender la mortificacion; quando no sabemos de qual de esos impulsos despreciados, de qual de esos llamamientos no oídos dependen no menos que perder nuestra eterna Bienaventuranza? ¡Espantosa materia, pero cierta! terrible punto, pero al paso que terrible, verdadero! *Territus terreo*, os digo con el grande Agustino. (*Hom. 11. int. 50.*) para que no culpeis de ponderativo mi temor, pues corriendo con todos igual peligro, conozco bien, que este punto, si no acaba de conseguir de mi dureza hacerme santo, à lo menos refrena mi temeraria confianza para no hacerme incorregible.

Es del todo cierto, y verdad Cathólica, que todo esto que à nuestros ojos, y à nuestra ignorancia parece una contingencia, que como decís se vino rodada, ò un acafo, es todo disposicion, que allá desde su eternidad la está Dios previniendo con su infinita Sabiduría. No está lexos el exemplo. ¿Qué cosa à nuestros ojos mas contingente, que vér llegar à un hombre, (dexamos ahora lo que en él mira nuestra Fé) que vér llegar un hombre à las doce del dia à un pozo, que viene de camino, y que hallandose fatigado, se sienta à descansar allí, y en esto que viene una muger à sacar agua, y que traven conversacion? Todo nos parece que sucede acafo, y que ello se vino: Pues allá desde su eternidad lo estaba así mirando Dios, y desde allá en aquellos sus eternos decretos le tenia prevenido à esa muger, à esas horas, en ese pozo, y en esa conversacion el auxilio eficaz, que de consentir ella fue el principio de su salvacion eterna. Así, pues, nos lo tiene prevenido à cada uno de nosotros; à este en esta, à aquel en aquella ocasion que parece contingente, que se vino rodada, que se vino acafo. Al uno se le ofrecerá en la visita la conversacion espiritual, que le toque al alma; al otro se le vendrá en el paseo à los ojos un entierro, que le dé un buelco al corazon; al otro le sacará encontrado en la calle un pobre, que le pida una limosna, y le dé al corazon la aldabada; al otro le sucederá la desgracia, la pérdida, la pesadumbre, que le

le ofrezca à los ojos el defengaño; al otro le hablará el Predicador à el alma, convidandole à la resolucion de dexar la culpa. Contingencias nos parecen todas estas; y otras innumerables, con que Dios nos llama para darnos la gracia. ¿Y de qual de ellas dependerá el que su Magestad probandonos, nos halle dignos de sí, si le correspondemos? Solo su Magestad sabe qual es: *Deus tentavit eos, & invenit illos dignos se*, que dice la Sabiduría. (*Sap. 3. v. 5.*) Yá, pues, si *scires donum Dei*, le dice hoy el Señor à la Samaritana: ¡Oh, muger! que tan divertida estás, que tan engañada vienes, que tan acaso te parece lo que aqui has hallado. ¡Oh, y si supieras que ésta que te parece contingencia es don de Dios, con que te busca! es auxilio de Dios, con que te llama, y de que pende, si consientes, no menos que tu eterna dicha! *Si scires, si scires*, hombre, te repito yo à tí, y si supieras que esa conversacion espiritual que te afervoriza; que ese interior impulso que sientes; que esa voz del Predicador que te penetra el alma; que ese defengaño, que esa pérdida, que ese aviso, que à tí te parece tan acaso, ò si supieras que de esa ocasion está pendiente, ò tu eterna dicha, si la logras, ò tu condenacion eterna, si la pierdes! ò como la lograrás! *Si scires donum Dei.*

Y no estrañen que de una ocasioncilla que parece de poca importancia; que de una accion que parece muy menuda, pueda seguirse, ò el inmenso daño de nuestra eterna condenacion; ò el inmenso bien de nuestra eterna salud. Que si, como dice San Pablo, las cosas invisibles de Dios se conocen por estas cosas que tenemos acá visibles; qué cosa mas ligera, que un vapor, que al levantarse de la tierra, aun se nos esconde à la vista? Pues ese subiendo poco à poco, es luego allá en lo alto de la region densas nubes, que nos cubren el Cielo, que nos obscurecen el dia, y que nos esconden el Sol. ¿Qué cosa mas tenue, que una exalacion, que al subir, ni nuestros ojos la distinguen? Pues esa sube, se congela, se enciende, y se dispersa en un rayo, que desmorona las peñas, que derriba las torres, y que hace estremecer à los montes. ¿Quién no vé la escasa vena, con que nace un arroyo, apenas sudor de un peñasco, que al salir de su fuente, lo salta por juguete un muchacho? Pues ese à no muchas leguas yá lo vemos que apenas la vista alcanza esguazar sus orillas, y que sustentada en sus espaldas grandes galeones. Así, pues, no digo yo, que solo porque correspondiste, ò no correspondiste à aquella inspiracion de Dios, que bastó solo eso para condenarte, ò salvarte: no digo eso; mas lo que digo, es que de lograr esa ocasion, esa inspiracion, ese aviso, ò de no lograrlo, pende si se logra, el que se vayan multiplicando los auxilios, que se te vayan aumentando las fuerzas, que se te vayan facilitando las virtudes, y que vayan creciendo las buenas obras hasta salvarte; ò pende, si se despreja, el que vayas repitiendo las caídas, debilitando las fuerzas, endureciendo el corazon, aumentando las culpas, y que vaya Dios à ese paso retirando sus auxilios, hasta que

del todo obstinado te condenes. Y así, aunque aquella primera ocasion pareció pequeña, pero siendo ella principio, ella viene à ser la causa, aunque remota, ò de inmenso bien, ò de un daño infinito. *In tantum*, decia aquel amigo de Job, *in tantum ut si priora tua fuerint parva, novissima multiplicentur nimis.* (*Job, 8. v. 7.*) ¡Oh, pyramide, ò de llama, ò de triunfo, que empezando en un punto, remata en una latitud inmensa.

Semejante es el Reyno de los Cielos à un grano de mostaza. Proposicion es esta, que à no ser pronunciada por la misma boca de la Verdad Eterna, pudiera parecer à nuestro juicio, no solo falsa, sino del todo repugnante; porque antes parece, que si le preguntaran à uno: ¿qué cosa hay mas opuesta al Cielo? no responderia mal, si dixera, que un grano de mostaza; este casi en un punto de pequeños aquel toda una esfera tan dilatada, que en la casi inmensidad de sus ambitos, le viene muy holgado todo el globo del mundo. Eso es si se miran como Cielo: si se atiende como Reyno, un Reyno de riqueza inmensa, de valor infinito, de precio inestimable, cómo puede compararse con un granillo del mas abatido desprecio? Aun no haveis percibido bien el picante de ese grano, y la viveza de esa comparacion, dice nuestro doctísimo Oliva: no compara el Señor su Reyno solo à ese grano como es en sí, no, sino à ese grano, que recibiendo un hombre: *Quod accipiens homo*, lo siembra en su propia tierra: *Seminavit in agro suo.* De modo, que en el grano, en el recibirlo el hombre, y en el sembrarlo, está la comparacion, y está la semejanza con el Cielo: *Regnum Dei*, dice nuestro insigne General, *simile non est grano sinapis quoquo modo, sed si acceptum illud defoderit homo in hortum suum.* (*Oliv. l. 5. Stromat. fol. 126.*) Todavía no entiendo en que puede estar así la semejanza: porque, que el hombre reciba ese grano, y que lo siembre, que lo añada para que por eso sea al Reyno de los Cielos semejante? Qué? Que así no puede ser retrato mas expreso; porque así como ese granillo tan despreciable, si se recibe, si se siembra, nace, crece, sube, se hermosa, se aumenta, se copa hasta hacer un árbol grande, crecido, hermoso; así una inspiracion, un aviso, un toque al corazon, una palabra, un defengaño, granito de mostaza parece pequeño, despreciable, y que no importa, pues ese granito de esa inspiracion, si se recibe en el corazon, si allí se siembra, brota luego en otra obra buena, de esta en una resolucion heroica, tronco de que luego nacen esta, y la otra rama de virtudes, que no cesan de florecer hasta un árbol de perfecciones milagroso, y hasta una cumbre que sublima à gozos eternos. ¿Y de qué provino todo esto? de aquella inspiracion admitida en oportunidad, de aquella palabra buena sembrada en el corazon, ò de aquel defengaño à quien se le dió lugar en el alma. *Quis in posterum minima negligat, quando grano sinapis Dei Regnum conclusum inspicari non possumus?* ¿Quién desprejirá una

ocasion por ligera, una inspiracion de Dios, que parece que no importa nada el dexarla, quando no podemos negar à la verdad eterna, que de ese grano de mostaza tan menudo puede depender el alcanzar, ò no alcanzar el Reyno de Dios?
Y si no, prueben esto las mas dichas experiencias. Venid conmigo, y decidme: toda la santidad de un S. Francisco de Alis, Serafin abrasado, qual pensais que fue su principio? Buscad su vida, y hallareis que fue pedirle una limosna un pobre, de cuidar el algo, darle al corazon el impulso, y buscarlo luego, y darsela caritativo: de aqui empezó ese prodigio de la pobreza Evangélica; ese fue el principio de tanta santidad: *Initium viae bonae*, que dice el Espiritu Santo. (*Prov. 16. v. 5.*) Toda la santidad de un S. Antonio Abad, pasmo de los desiertos, exemplar de Anacoretas, ¿de dónde empezó? De oír en la Iglesia cantar el Evangelio, en que nos dice el Señor, que lo dexemos todo para seguirle, entenderlo Antonio, como si se lo dixeran à él solo, ejecutarlo à la letra, desde aqui subir hasta una perfeccion tan prodigiosa. Toda la santidad de un S. Juan Gualberto, ¿qué origen tuvo? Ir él bien acaso por una calle, encontrarle con su enemigo, que le havia muerto à un hermano, pedirle este perdon, concederlelo aquel: *Initium viae bonae.* Toda la santidad de un S. Juan de Dios, ¿de qué provino? De ir él bien descuidado por la calle vendiendo sus cartillas, vér abierta la Iglesia, que están en sermón, entrarlo à oír, traspasarle el alma la voz del Predicador, y él desde allí resolverse de veras: *Initium viae bonae.* Toda la santidad de un San Francisco de Borja, ¿de qué provino? De llevar el cadaver de la Emperatriz su Señora, descubrir la caxa, vér convertida en horror su hermosura, y determinarse Francisco à no servir à Señor, que se pueda morir: *Initium viae bonae.* Toda la santidad de mi glorioso Padre San Ignacio, ¿qué principio tuvo? Pedir él estando malo en la cama con la pierna quebrada, y bien ageno entonces de ser Santo: pedir, digo, algun libro de caballerias para entretenerse, no hallarse ninguno en casa, y darle un libro, que havia de las vidas de los Santos, ir leyendo, inflamarse el corazon, encenderse el espíritu, y dexar la milicia terrena por la celestial: *Initium viae bonae.* ¿Qué diré de un San Andres Corsino? à quien le fué principio à su santidad reñirlo una vez asperamente su madre, y él reconocerse. ¿Qué diré de un San Gonzalo Dominicano? à quien le fue origen de una perfeccion admirable, ir él muy galán, y bizarro por una calle, caer por descuido en un lugar muy inmundo, ponerse de lodo, darle grita los muchachos, y él defengañarse. ¡Ah mundo! No me has de mofar otra vez, y yo te he de burlar. Qué dire de una Doña Sancha Carrillo, dama de las mas celebradas de España por la Nobleza, discrecion, y hermosura, que yendose à confesar, mas atenta à las joyas, y gala, que à la conciencia; mas llena de vanidad, que de contricion, baltó para principio de una vida santamente prodigiosa, decirle en-

tonces el Maestro Juan de Avila: ¡Ah, señora, y cómo todas esas galas, me huelen à infierno! Este dicho fue principio de toda una vida admirable. Fuera nunca acabar el referir de esto.
Y preguntó ahora: ¿Si todos estos no huvieran logrado estas ocasiones, serian ahora tan grandes Santos? Yo no se lo que serian, que eso allá Dios se lo tiene reservado en aquellos sus altísimos, è inescrutables decretos, donde por no anegarse Ezequiél detuvo el paso: *Aqua profundi torrentis, qui non potest trasvadari*, mas lo que sé es, que à una Santa tan extática, tan prodigiosa, tan Seráfica como Santa Teresa, le fue mostrado aquel horrible, aquel espantoso lugar, que le estaba ya preparado en el infierno; ¿de qué ocasion pendió el que la Santa no cayera allí? Dios lo sabe: mas lo que sí vemos, y sabemos, es, que una coia que parecia contingencia, una limosna, unas palabras del Evangelio, un libro devoto, por haverlo logrado, de aquello fue su virtud creciendo de uno en otro acto, fueron los auxilios aumentando-se hasta la santidad que vemos, que celebramos, y que adoramos. Lo que sí vemos, es, que aquella primera pequeña inspiracion fue à manera de aquella pequeña fuente, que allá veía, Mardoqueo convertirse luego en un rio ancho, profundo, y caudaloso. (*Ester. 11. v. 10.*) Fue à manera de aquella piedrecilla que allá miraba Daniél (*2. v. 35.*) convertirse luego en un monte, que llena el mundo, y que llega hasta el Cielo. ¿Pues cuántas ocasiones como aquellas has malogrado tú? cuántas inspiraciones? cuántos avisos?
Pues por el contrario, (¡oh, Dios! éste es el punto por todo extremo temeroso!) por el contrario es igualmente cierto, que de una ocasion malograda puede seguirse toda nuestra condenacion eterna. No porque pasada esta ocasion, no nos será siempre igualmente posible el salvarnos, que esto no se puede decir; sino porque de desprejir esa inspiracion, se seguirá en lo venidero ir teniendo mayor dificultad para obrar bien, y para dexar el pecado; ir teniendo menos, y menos fuerzas para resistir à los apetitos, para resolernos de veras à buscar à Dios; y por decirlo en una palabra, se seguirá, que *gratiam inveniamus*, como habla el Apostol, *vel non inveniamus in auxilio opportuno*: que retirando Dios aquellos especiales auxilios, que ni nos debe por ley de providencia, ni por ley de redencion, aunque nunca nos faltará con los auxilios suficientes; pero endurecida nuestra voluntad: por nuestra ingratitud nos niegue su Magestad justamente aquel auxilio eficaz, que para la mejor ocasion le defmerecieron nuestras culpas.
Espantoso suceso, canonizado por el espíritu Santo en las Divinas Letras. Elige Dios à Saúl por Rey de Israél, ungeló Samuel, juralo, y aclamalo el Pueblo, mas porque al entrar al gobierno debía el nuevo Rey ofrecer à Dios sacrificio, dice Samuel: Anda à Galgala, y allí me esperarás siete dias, que al cabo de ellos llegaré allá para ofrecer por tí el sacrificio! *Septem diebus expecta-*

II
 de materia es ordinario: al cual se ha
 de decir que no tiene ordinacion alguna
 en sí, sino que es materia de un granito de
 oro.